

Libros

La tinta con sangre entra

ANDRÉS EUGENIO ALONSO

En esta novela del escritor chileno Alberto Fuguet, la historia gira en torno a las peripecias de tres periodistas consumados que le siguen la pista a la muerte por todo Santiago, y a un tímido y provinciano practicante de periodismo que en vez de vivir las cosas, las quiere escribir

Contrario a lo que decía mi profesor de periodismo, siempre con ese tono adusto y frío que no admitía réplica, a veces lo que le pasa al periodista sí es noticia. Y creo que lo repetía invariablemente, cada año, con las mismas pausas reflexivas y la idéntica "apostura rígida" del maestro de escuela de Charles Dickens en "Tiempos difíciles". Decía mi querido profesor: "El periodista de verdad no se siente importante, porque no lo es. Carece de todo protagonismo. No crea, pero sí descubre. No enseña, pero sí ilustra. Su mejor virtud y su única pasión es la objetividad. Lo otro sobra y enreda". Enseguida, como todo periodista que se cree distinto y agudo, mi profesor parafraseaba a Albert Camus: "El periodismo es la más bella profesión del mundo". Y ahí, en ese punto en el que es imposible refutar, después de una pausa sentenciosa, nos soltaba el resto: "lo que le pasa al periodista no es noticia".

Con la novela del chileno Alberto Fuguet, "Tinta Roja", uno tiene la posibilidad de constatar lo contra-

rio: que el periodista sí es noticia en cuanto es artífice de lo que escribe, y que su experiencia en relación con lo noticiable es, en últimas, la rucia meretriz de feroces tetas que termina feriándose en las páginas de la prensa amarilla. E incluso, algunas veces bien camuflada, en las de los diarios "blancos" en los que quizás trabajó mi profesor objetivo.

La historia gira en torno a las peripecias de tres periodistas consumados que le siguen la pista a la muerte por todo Santiago, y a un tímido y provinciano practicante de periodismo que en vez de vivir las cosas, las quiere escribir. Alfonso Fernández Ferrer llega a la capital sin haberle ganado la batalla a nadie y se incorpora por obligación al Cuarteto de la muerte; se monta todas las mañanas junto a Escalona, Emiliano y Faúndez en la camioneta amarilla del diario "El Clamor" con la firme intención de practicar todo lo aprendido en la escuela de periodismo. Pero, error; Faúndez, maestro del sensacionalismo y su tutor, será el encargado de mostrarle el lado sórdido de la ciudad; de llevarlo a

recorrer calles y callejones en donde las casas apenas se sostienen; sitios en donde todos los días y las noches muere alguien. "Da lo mismo —escribe Fuguet—. La morgue siempre está repleta, los pacos llenan informes: atropellos, suicidios, estocadas, asesinatos, venganzas, violaciones, incendios, lo que sea. La sangre riega los barrios más pobres y se queda pegoteada en las cunetas (...) Todas las noches son iguales y, cada vez que amanece, surge un nuevo día y hay dos o tres páginas por llenar, ojalá una portada a color, porque la gente pide que le ilustren sus historias, quieren saber qué pasó, de qué se salvaron, quieren satisfacer sus deseos, sus temores, dar gracias a Dios porque eso que leen les ocurrió a otros y no a ellos". El narrador no se espabila ante la crudeza: atento y omnisciente toma nota de lo que ve: un quiosco al lado del paradero de micros, Faúndez que toma una cerveza, Escalona que fotografía el cadáver de un chofer muerto de un punzazo en el pulmón. Después el narrador le da la voz al viejo Faúndez para que sea él quien le dé el consejo a Ferrer: "(...) Métete por la raja tu Universidad y tus notas y esas malditas pirámides invertidas. (...) Quiero que tú escribas lo mejor que puedas. Quiero lo más parecido a literatura. Rasca quizás, pero literatura al fin y al cabo (...) Quiero un punto de vista, una mirada. Ese es el secreto, pendejo. Si tienes eso, lo tienes todo. La primera frase es lo más importan-

te, es cierto, pero quiero algo más que el qué, quién, cómo y no sé qué chucha más. Quiero que dejes caer una sensación, una atmósfera, un miedo. Que el lector entre, enganche y se identifique. En Santiago todos los días muere alguien. Ya no es novedad. Esa es tu misión: lograr que el fiambre ése parezca el primero."

Vista así, la novela continúa siendo vigente, por lo menos para cualquier estudiante de periodismo. Porque es justo aclarar que no es ninguna "novedad literaria". Y no lo es por partida doble: primero, porque, como bien lo reza su colofón, el libro en su segunda edición se terminó de imprimir en marzo de 1998, es decir, que lleva casi dos años apostado en los anaqueles de las librerías. Y, segundo, porque el epíteto "literaria", podría parecer exagerado e infundado para una novela cuyo autor tomó en serio al periodismo folletinesco y de relumbrón de los diarios sensacionalistas y lo hizo posible como temática literaria.

Si bien no es nada nuevo que el tema del periodismo y los periodistas sea tratado literariamente (desde Balzac hasta Tom Wolfe la parafernalia de los medios y con ella la vida rodeada de patetismo de los reporteros ha sido buen material de ficción y reflexión) lo que habría que anotarse a este novedoso autor chileno es que supo alejarse de los formulismos literarios que emularon con relativo éxito editorial algunas de las nuevas figuras de la literatura latinoamericana poste-

riores al llamado Boom. De esta manera logró que el periodismo de folletín, tan practicado en los diarios sensacionalistas, fuera buen material de ficción literaria perfectamente verosímil.

Y el logro se debe en gran parte a un manejo consecuente de dos herramientas narrativas fundamentales: en primer lugar, a la utilización del diálogo que si bien ralentiza el ritmo narrativo, salva al narrador de las digresiones descriptivas o del inmoderado patetismo que pudiera desprenderse de ellas y, en segundo término, a la puesta en escena cuidada y precisa, que no le hace el quite a lo truculento y que magnifica lo necesario la realidad zafia y tragicómica que deambula por las calles de Santiago. Porque de la misma manera como no es nada efectivo parafrasear las historias de amor, en las historias de sangre el lector tiene que hacer las veces de visor de la trama.

El empleo de esos dos instrumentos narrativos hace que el texto supere el mero enjuiciamiento hacia la profesión, al tiempo que demuestra como una verdad de a puño la sentencia de Tom Wolfe que nos condena a parecer moscardas: "Me divierte ver lo mucho que se preocupan esos... insectos por lo que les ocurre a nuestras almas... En cuanto captan el olor, comienzan a revolotear en el enjambre. Si les pegas un manotazo, no hay peligro de que muerdan. Se esconden donde pueden, y luego, en cuanto vuelves la cabeza hacia otro lado, se lanzan otra vez sobre ti. Son moscas de la carne. Aunque,

por supuesto, usted sabe tanto de eso como yo..."

Tal vez "Tinta Roja" deba llamarse "Prensa Amarilla", el libro de memorias novelado que se lee como si fuera la película que protagonizó Alfonso Fernández Ferrer, y que escribió finalmente cuando ya pensaba que no tenía nada que sacar y a nadie a quien ganarle una batalla. Y quizás estas memorias noveladas no alcancen a tocar, e incluso agredan el buen gusto de estetas libreros que ven en las ideas mejor material literario que en los hechos aparentemente escuetos.

Más allá de la catalogación —*non fiction*, como dicen en los corros editoriales— "Tinta Roja" está escrito para saciar el gusto nada pacato pero sí muy curioso de los periodistas que ya somos y de los que se están haciendo en las facultades.

A propósito; para agraviarlos a ellos y reafirmarnos a nosotros en algo que ya sabíamos pero que descubrimos tarde, parece estar hecho uno de los epígrafes de capítulo. No necesita mayor ilustración y creo que contiene el nudo de la novela:

"Mi padre estaba simplemente avergonzado porque

yo no trabajaba, y el ir a estudiar me haría obtener algo de respetabilidad. El Lacrosse había estado allí durante uno de los cursos. El me aconsejó:

—¿Cuál es la carrera más jodidamente fácil de aprobar?—le pregunté.

—Periodismo. Sus asignaturas son muy fáciles.

—De acuerdo. Seré periodista."

Alberto Fuguet. TINTA ROJA. Alfaguara, Santiago de Chile, 1998. 409 páginas